

EL MOTÍN



Año XXXIV.—Madrid, Jueves 17 Diciembre 1914.—Número 51

SUCURSAL:
RIVADAVIA, 698
BUENOS AIRES

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

La lámina de hoy

La torta es grande, pero como se alargan tantas manos hacia ella, hay que compadecer al que tiene que distribuirla.

Unos piden por necesidad, otros por gollería; muchos por creer que debe cocerse la torta para ellos solos; muy pocos piensan en el País, que es quien pone la harina, la sal y el agua, la amasa, y la cuece, quedándose él en ayunas, y viendo que llegan tantos con sus manos lavadas (ó sucias) á arramblar cada uno con el mayor trozo que puede.

En esto de los Presupuestos, lo más difícil no es hacer la torta, sino repartirla.

Si viviera el tío *Marmolillo*, gitano filósofo, y viese la lámina del número del hoy, creería que no se había equivocado al formular sus dos celebrados aforismos:

«La política es *sensia* de *disfrasar* los *prensipios* pa asegurar el *puchero*.

«Er Congreso es una mala barbería llena de sanguijuelas.»

Interview aplazada

Subió un ratero á la plataforma de un tranvía completamente lleno, y comenzó á hurgar en un bolsillo del chaleco del pasajero que tenía al lado. Este permaneció impasible; mas al notar que sacaba la mano de aquel bolsillo para meterla en el otro, díjole sonriendo:

—Siga usted, amigo, á *ver si tiene más suerte que yo*. Tres ó cuatro veces los he registrado esta mañana, sin encontrar más que los diez céntimos para el tranvía.

Calcúlese la sorpresa y confusión del ratero.

Se apeó de un salto y desapareció corrido.....

Hace meses venía sintiendo yo la necesidad de celebrar una interview con Doña Política Republicana, y no tropezaba con ella en parte alguna. Preguntaba, y nadie sabía su paradero; inquiría, y algunos se mostraban sorprendidos por estar en la creencia de que había muerto de la enfermedad que há tiempo padecía: anemia.

Firme en mi empeño de ponerme al habla con ella, echéme á la calle con el propósito de ver si alguien me daba razón de dónde vivía ó dónde estaba.

A los pocos pasos tropecé con un ciudadano que leía *El Radical*.

—¿Es usted republicano?, le pregunté.

—¿No ve usted el periódico que estoy leyendo?

—¿Sabría usted decirme dónde vive ó dónde se halla la señora doña Política Republicana?

—No lo sé ni me importa. Mi jefe es don Alejandro Lerroux, el único revolucionario capacitado para gobernar desde mañana mismo.

Seguí andando y vi á otro leyendo *España Nueva*.

—Dispénseme usted que le distraiga un momento. ¿Podría usted indicarme, puesto que es republicano, dónde vive doña Política Republicana?

—Lo ignoro; yo no tengo más jefe que don Rodrigo Soriano, el único que combate de veras á los monárquicos en el Congreso.

Continué mi camino y pregunté á otro que leía *El País*:

—¿Hace usted el favor de decirme dónde vive ó por dónde anda doña Política Republicana?

—No me ocupo de lo que no me importa, ni sigo otras inspiraciones que las de la Conjunción Republicano-Socialista, única que traerá tarde ó temprano la República.

Creendo que en los Comités sería más afortunado, visité unos cuantos; mas como por ahora no hay esperanzas de que se celebren elec-

ciones de diputados ni de concejales, estaban desiertos casi todos. En los pocos donde encontré algún republicano, se ignoraba también el paradero de la señora que yo buscaba.

Los Casinos, donde también estuve luego, hallábanse más concurridos. En ellos se hablaba de los sucesos del día, de la guerra, y se murmuraba de los demás republicanos, siempre bajo la base de no «hay más Dios que Dios y Mahoma (el jefe respectivo) su profeta; en algunos se distraían en juegos honestos. No me atreví á preguntar por doña Política Republicana en ninguno. Por ciertas frases sueltas que pesqué al vuelo, deduje que no les era muy simpática la señora.

Comprendiendo que me había andado por las ramas, pues debí desde el primer instante dirigirme al Congreso, allá me fui, ocupando un asiento en la tribuna pública.

Miré hacia los escaños de los diputados republicanos, y ví tres ó cuatro en ellos. Como ando medianamente de la vista, no pude distinguir quiénes eran.

Creendo que los demás estarían reunidos en las Secciones para acordar las enmiendas que habían de presentar á los Presupuestos, aguardé una hora más. Viendo que no parecían, pregunté á un señor que estaba al lado mío:

—¿Tendría usted la bondad de decirme si ocurre algún suceso extraordinario que impida á los republicanos ocupar esta tarde sus escaños?

—Su pregunta me indica que no viene usted á menudo al Congreso. Todas las tardes, excepto aquellas en que se espera algún escándalo político, están los escaños de los republicanos poco más ó menos que ahora; de cinco ó seis pasan pocas veces. De los presupuestos, sobre todo, huye la mayor parte como el diablo de la cruz.

Comprendí por esta respuesta que allí tampoco me darían noticias de doña Política Republicana, y abandoné la tribuna.

Acababa de salir del Congreso, cuando me encontré á un amigo que varias veces me había indicado que debía ocuparme más de Política Republicana; le referí cuanto me había ocurrido y acabé diciéndole, al ver que achacaba á torpeza mía el no ha-

haber averiguado el paradero de la señora:

—Vaya usted á buscarla, y á ver si tiene más suerte que yo. Y venga á decírmelo si la encuentra.

—Ya lo creo que la encontrará, me respondió. Hasta muy pronto.

A la semana siguiente vino mi amigo á verme, y con el aire satisfecho de todo triunfador, me dijo:

—¿Ve usted cómo la he encontrado?

—¿En alguno de los sitios donde yo la busqué?

—No; la he encontrado, unas veces en los banquetes de aniversario, en las meriendas populares y en los vinos de honor; otras, en las veladas literarias y musicales, en los bailes y las tómbolas; otras, en las estaciones de ferrocarril aguardando jefes, ó en las de telégrafos poniéndoles despachos de felicitación; otras en los ministerios; otras, en...

—No prosiga usted. Confieso mi equivocación; en esos sitios debí yo buscarla, sabiendo que hace tiempo no frecuenta otros. Pero como yo no quería verla para hablar de nada de eso, renuncié por ahora á celebrar con ella la interwieu. Si un día se aparta de ese camino, y de los que, fingiendo amarla, ó la engañan, ó la ponen en ridículo, ó á su sombra, y en su mengua, procuran crearse una brillante posición social, entonces intentaré de nuevo ponerme al habla con ella.

JOSÉ NAKENS

Divagaciones

El artículo de Nakens defendiendo á Jesús contra los enemigos que con los labios le besan y con la obras le traicionan, ha sido un espectáculo delicioso.

Esto ha ocurrido en el siglo xx y en Madrid. Mas si cambiamos de lugar y de tiempo y nos transportamos á Jerusalén en la Semana de Pasión, podemos imaginar lo que habría ocurrido entre Jesús y Nakens, llegan á conocerse y encontrarse.

Por lo pronto, Nakens y Jesús estarían de perfecto acuerdo en lo de combatir al clero y al templo, por sus hipocresías, latrocinios y supersticiones; burlaríanse de la aparatosa seriedad y gravedad del codicioso rabino; pondrían en solfa su soberbia, descubrirían sus secretas infamias, sus ruines intrigas y sus tenebrosas ambiciones.

Cuando Jesús, lleno de enojo, la emprendió á latigazos con los mercaderes del Templo, ¿qué habría dicho Nakens?

Seguramente habría tenido dos movimientos: primero, el de animar-

e, diciéndole:—¡Duro con los far-santes!...

Y luego, recapacitando y reobrando su tono habitual:

—Lo que no me parece bien, es que lo tomes tan por lo trágico. Yo creo mejor sistema fustigarlos á risotadas. Demás de qué, todos los que contra ellos la toman con seriedad, acaban mal. Recuerda á Zacarías y á Jeremías. Mucho me temo que no te vaya á Tí mejor... Pero, en fin, si no sabes tomarlo de otro modo, ¡duro con ellos!...

En la calle de la Amargura, camino del Calvario, se habría acercado Nakens á Jesús para decirle:

—Esto ya lo tenía yo descontado, amigo Jesús. ¡Como Zacarías!... ¡Como Jeremías! Pero ¿dónde están esos que te animaban en tu campaña? ¿Huidos, no?... Por descontado también. Todas las claques hacen lo propio... Al Tabor y al Cenáculo, muy asíduos... ¡Como siempre!...

—¿Vas á la cruz?... Entendido... El clero es así... Los admiradores son así... Cuando se trata de banquetes y de apoteosis, todos preparan las manos para aplaudir y el estómago para devorar: cuando viene el Calvario, de los más próximos, el Judas te vende, el Pedro te niega, Juan se esconde, y te ves solo camino del patíbulo. ¡Como siempre!... ¡Como siempre!...

Y de fijo que Nakens habría escrito del Sanedrín, del Pretorio, del Calvario y de los apóstoles una crónica sangrienta y dura, digna de servir de apéndice al Evangelio.

Sí, esto habría hecho Nakens.

¿Qué habrían hecho allí el Papa, los obispos, y los jesuitas?...

¿Habrían dicho de Jesús: «Es el Hijo de Dios», según dicen ahora, ó habrían dicho: «es un clerófono irreverente?... ¡El... hijo de un carpintero y de una hilandera de allá del pueblucho de Nazaret, querer enmendarle la plana el Sumo Pontífice!...»

Y yo pregunto: ¿quién es el cristiano en este trance; el ateo Nakens, ó el beato sacristanesco?

R. MAYOL

Amigo Mayol: Un grano de arena al lado del Himalaya; esto hubiera parecido yo al lado de Jesús; lo infinitamente pequeño, al lado de lo infinitamente grande.

Y sentado esto, divaguemos un rato acerca de lo que yo hubiera hecho si llego á vivir en tiempos de Jesús y á conocerle y tratarle.

Que no le hubiera vendido libre, ni negado preso, ni abandonado camino del Calvario, de esto estoy seguro.

Que le hubiera aplaudido cuando

fustigara mercaderes y anatematizara hipócritas, no tengo duda tampoco. ¿Y cuando abominara de los sacerdotes? Lo hubiese abrazado con frenesí. Y es posible, de saber escribir (que quizás no), que anticipara en veinte siglos la publicación de EL MOTIN, (manuscrito, claro es). ¡Y qué *Manojos de flores místicas* tan retesalados habría hecho relatando las picardigüelas de aquel sacerdocio de farsantes, lujuriosos y ladrones! ¡Y no digo nada si copio las frases epigramáticas y sangrientas que les soltaba Jesús! «Raza de víboras... Sepulcros blanqueados... etc., etc.»

Es posible que á falta de fiscales de imprenta, me hubieran soltado tres ó cuatro judiazos de la pinta de los que hoy se exhiben aquí en la Semana Santa, que hubieran quemado rabiosos EL MOTIN, partiéndome á mí de paso por el eje; ¡y quién sabe si algún Pilatos de aquellos me hubiese apiolado antes que á Jesús, agarrando la ocasión por los cabellos para asearse un poco las manos!

Por lo demás, creo como usted, amigo Mayol, que Jesús y yo hubiéramos hecho buenas migas. Poco cuidadoso de la indumentaria, imprevisor en cuestiones de dinero, prefiriendo la compañía de los haraposos á la de los vestidos de púrpura... ¡Sí, sí, hubiéramos congeniado sin duda alguna. Y le hubiera seguido á todas partes, sobre todo á las visitas que hacía á aquellas mujeres tan simpáticas que tanto le querían; aquella Marta; aquella serie de Marías, la Salomé, la Egipcíaca, la Magdalena... ¡Deliciosas y amables hembras todas y de gusto exquisito! Amar á Jesús, ¡qué signo de mayor espiritualidad femenina! La mejor prueba de lo que Jesús era y valía, lo he dicho alguna vez, está en lo mucho que lo querían las mujeres guapas.

Al salir de alguna de aquellas visitas que tanto le solazaban, sabiendo yo que nada predispone tanto á la bondad como la alegría, quizás le hubiera dicho:

Quiero pedirte un favor: que me des la receta de multiplicar el pan; aquella que empleaste en el desierto. No te la pido para especular con ella; soy poco dado á los negocios; te la pido para ayudarte á exterminar para siempre la andante y rufinesca *rabinería*. (los curas de entonces.) Tú por un lado levantando el espíritu de los caídos, y yo alimentándolos en tu nombre, vamos á armar un circo de primera, sobre el cual cimentaremos sólidamente la redención de la Humanidad.

Y si Jesús me escucha bondadoso y me da la receta, ¿quién sabe? quizás no lo hubiesen crucificado. ¿Paradoja? No. Probabilidad fundada. En el momento que yo me hubiese

percatado de lo que el sacerdocio tramaba contra él, convoco desde EL MOTIN á las muchedumbres hambrientas y desarrapadas, y una vez reunidas, tiro de receta; y panecillo por aquí, pez por allá, y copa de vino en los intermedios, las pongo á la altura del chiquillo del esquilaor; y una vez satisfecha su necesidad física, les hablo al alma de este modo:

«Ciudadanos: Jesús, el inventor de la receta que me ha permitido ofreceros esta cuchipanda, ha sido empapelado por la chusma sacerdotal que os engaña, os degrada y os explota, acusado de consagrarse sin descanso á vuestra redención espiritual. ¿Seréis tan menguados, tan desagradecidos y tan cobardes, que consentáis que maten al que os da vida?»

Y supongo que no hubiera necesitado decirles más, pues inmediatamente, armados de palos y piedras si no tenían otras armas á mano, habríanse lanzado furiosos sobre los Anases, Caifases y Herodes de Jerusalén y no queda ni uno para contarlos; y por consiguiente, Jesús no hubiera subido al Calvario.

Pero aun suponiendo que por intrigas y soploneías de los esbirros de la Defensa Social de entonces, hubiera sido crucificado Jesús, no por esto hubieran quedado sin redimir las muchedumbres; tantas copias de su receta hubiera repartido yo.

Y que en esa receta está al quid de la redención humana, lo prueba el que, á los veinte siglos de muerto Jesús, continúan pidiendo pan las muchedumbres y siguiendo á todos los que se lo ofrecen.....

Pero advierto, amigo Mayol, que, de divagación en divagación me he separado del tema, y voy á poner punto final, no sin repetir estas dos afirmaciones:

Que yo hubiera ayudado con mucho gusto á Jesús en su justa y necesaria obra justiciera de desenmascarar al sacerdocio.

Y que no lo hubiera ni vendido, ni negado, ni abandonado al verle en peligro. Y no digo ya siendo quien era; aun habiendo sido realmente un criminal, como decía la vil ralea sacerdotal que lo inmoló, y que se parecía á todas las que antes fueron, las que hoy son, y las que mañana serán.

Los sacerdocios, religiosos ó luses, fueron, son y serán intransigentes, dominadores, explotadores... Todo hombre que se cree sacerdote, ni ama ni perdona.

JOSÉ NAKENS

Muertos que viven

Desde que publiqué en EL MOTIN el retrato de Estévez (q. s. g. l.) m...

bulle en la cabeza la idea de intercalar entre caricatura y caricatura algún otro retrato de amigos de la Democracia y enemigos de la Iglesia que *viven después de muertos*, ya que hay tan pocos que ofrecer á la admiración pública entre los *muertos que viven* actualmente.

Al pensarlo me dije:

¿No tienen los católicos sus santos en despachos, gabinetes y alcobas? ¿Pues por qué no ha de tener el Pueblo los retratos de los hombres que por redimirle trabajaron, padecieron ó murieron consagrando su vida entera á acabar con el pasado y preparar el porvenir?

La contemplación de una estancia cualquiera adornada con quince ó veinte retratos de hombres de esos, tendrá la virtud de hacernos olvidar las miserias y degradaciones del presente, y pensar que los hombres de inteligencia tienen otra misión que la de buscar satisfacción á sus egoísmos y traicionar las ideas redentoras que aparentan profesar para elevarse; y que los únicos dignos de ser deificados, son los que van allanando con su sacrificio personal las montañas de absurdos, preocupaciones y fanatismos que detienen la marcha de la Humanidad.

Y anunciado esto, añado que el primer retrato que publicaré será el de Anselmo Lorenzo, ese modesto obrero de poderosa inteligencia que acaba de morir, sin haber conocido otras satisfacciones que las que proporciona el trabajo á los que piensan en los demás antes que en ellos.

Y VAN TRES

Sí; tres han sido las veces que he intentado ver si lograba dar una lista completa de los edificios religiosos que hay en cada ciudad importante. Nunca lo he conseguido.

Voy á dar el último golpe á la idea, publicando hoy la lista que me ha enviado un amigo de Sevilla, á ver si así se estimulan los de otras capitales.

Sería un dato curioso para juzgar mañana este momento histórico, y para que hoy comprendiera el pueblo español dónde radica la causa de su incultura, su ruina y su degradación.

Parroquias

La Catedral.—Santa Ana.—San Andrés.—San Bartolomé.—San Bernardo.—Santa Cruz.—San Gil.—San Ildefonso.—San Isidoro.—San Julián.—San Lorenzo.—Santa María Magdalena.—San Nicolás.—Nuestra Señora de la O.—Omnium Sanctorum.—San Pedro.—San Román.—San Roque.—San Clemente (Sagrario).—Salvador.—San Vicente.—San Jacinto.—San Martín.—San Esteban.—Santa Marina.—Santiago.—San

Marcos.—San Miguel.—Santa María la Blanca.—San Juan Bautista.—Santa Catalina.—San Benito.

Conventos de religiosas

San Clemente, Cistercienses romanizadas, Santa Clara.—Santa Clara, Clarisas, ídem.—Santa Rosalía, Capuchinas, Cardenal Spínola.—Spiritu Santo, Orden de Sancti Espiritu in-saccia, Plazuela San Juan de la Palma.—Nuestra Señora del Socorro, Concepcionistas franciscas, Bustos Tavera.—Ídem íd. de la Asunción, Mercenarias Calzadas, San Vicente.—Madre de Dios, Dominicas, San José.—Santa Paula, Jerónimas, Santa Paula.—Santa Inés, Franciscas Urbanistas, Doña María Coronel.—Nuestra Señora de los Reyes, Dominicas Descalzas, Santiago.—San Leandro, Agustinas, San Leandro.—Santa María de Jesús, Franciscas Descalzas Recoletas, Agullas.—Nuestra Señora de la Salud, Mínimas, Páges del Corro.—Santa Teresa, Carmelitas Descalzas, Santa Teresa.—La Encarnación, Concepcionistas Agustinas, Cardenal Lluch.—Santa Ana, Carmelitas Calzadas, Santa Ana.—Santa María la Real, Dominicas Calzadas, San Vicente.—San José, Mercenarias Descalzas, Plaza Mercenarias.—San José, Hermanas del Santo Angel, San José, 21.—Nuestra Señora del Valle, Sagrado Corazón de Jesús, Valle.—Santa María Reparadora, Reparatrices del Santísimo Sacramento, Santa Clara, 10.—San Pedro Alcántara, Esclavas del Corazón de Jesús, Cervantes.—La Visitación de Nuestra Señora, Salesas, Plaza Mercenarias.—Santa Isabel, Congregación de Nuestra Señora de los Dolores, Hiniesta, 2.—Religiosas de María Inmaculada (Servicio Doméstico) Jesús, 6.—San José, Hermanas de los Pobres, Oriente, 45.—Hijas de Cristo, Religiosas para la enseñanza, Betis, 50.—Esclavas Concepcionistas del Divino Corazón de Jesús (Enseñanza), Jesús, 18.—San Joaquín, Carmelitas de la Caridad, Bustos Tavera, 23.—Hermanas Trinitarias, ídem, 8.—Orden de Damas Catequistas.—San Estanislao de Kostka, R. R. Irlandesas, J. del Gran Poder, 45.—Hermanas de la Cruz, Alcázares.—María Auxiliadora, Castellar, 44.—Íd. ídem, San Vicente, 87.

Conventos y residencias de religiosos

Santísima Trinidad, Salesianos, Puerta del Sol.—Santa Justa y Rufina, Capuchinos, Ronda de Capuchinos.—Nuestra Señora de la Paz, Hospitalarios, Plazuela del Salvador.—San Buenaventura, Observantes de San Francisco, Albareda.—Nuestra Señora del Buen Suceso, Carmelitas Observantes, Ortíz de Zúñiga.—Santo Angel, Carmelitas Descalzos, Rioja.—San Alberto, Congregación de San Felipe Neri, Alta.—Nuestra Señora

de Consolación, Padres Escolapios, Sol.—Sagrado Corazón de Jesús, Padres Jesuitas, Jesús del Gran Poder.—Capilla Antiguo Seminario, Misioneros del Purísimo Corazón de María.—San Jacinto, Dominicos, San Jacinto.—San Benito de Calatrava, Salesiano, Calatrava.—Misioneros, Deán Miranda, 5.

Varios

Hermanas del Buen Pastor, Fabiola, 15.—Sacra Familia, Pozo, 4.—Hermanas de la Doctrina Cristiana, Guzmán el Bueno, 11.—Amigos de los Pobres, San Julián, 8.—Siervas de María, García de Vinuesa.—Protectorado de la Infancia, Santa María la Blanca.—Hospital de las Cinco Llagas, Don Fadrique.—Idem San Lázaro, Camino del Cementerio.—Idem San Bernardo (viejos), Amparo.—Idem Pozo Santo, Plaza del Pozo Santo.—Idem Venerables Sacerdotes, Venerables.—Idem la Santa Caridad, Atarazanas.—Asilo de San Fernando, Cardenal Cervantes.—Idem, Cosme y San Damián, Santiago, 10.—Beaterio Santísima Trinidad, Plazuela Santa Lucía.—Santa Casa de Misericordia, Misericordia.—Dulee Nombre de Jesús, Jesús.—Casa Cuna (Expositos), Federico de Castro.—San Gregorio, Alfonso XII.—San Antonio de Padua, San Vicente.—San Hermenegildo, Puerta Córdoba.—Siervos de María, San Marcos.—Montesión, Feria.—Nuestra Señora de los Angeles, Recaredo.—Escuela de Cristo, Ximenez de Enciso.—Nuestra Señora del Rosario, Resolana.—Idem, 2 de Mayo.—Idem, Cestería.—Idem, Hameros.—Idem, del Carmen, Calatravas.—Idem, Puente de Isabel II.—Idem de la Luz, Varflora.—Idem de la Piedad, Adriano.—Idem de la Paz, Bustos Tavera.—Idem del Patrocinio, Castilla.—Montserrat, Magdalena.—Mayor Dolor, Plaza Molviedro.—San Onofre, Plazuela San Fernando.—San José, Jovellanos.—San Sebastián, San Sebastián.—La Concepción, Postigo del Aceite.—La Anunciación (Universidad), Laraña.—Capilla del Alcázar, Plazuela del Triunfo.—Idem, Plaza de Toros, Circo.—La Cartuja, Cartuja.—San Telmo (Seminario), Paseo de Cristina.—Capilla del Cementerio, Cementerio de San Fernando.—Palacio Arzobispal, Plazuela del Cardenal Llucho.—Casa de Pilatos, Plaza de Pilatos.—Cárcel Nacional, Almansa.—La Victoria (Fabrica de Tabacos), San Fernando.—Hospicio Provincial, San Luis.—Capilla Villa Eugenia, Camino Eritaña.—Desamparados, Salvador.—San Andrés, Orfila.—Expiración, Museo.—Cementerio Triana, Triana.—Villa María, Capilla, Delicias.—Cuartel de Ingenieros, ídem, Prado de San Sebastián.—Universidad, Nueva Capilla, Universidad.

Unanse á todos esos edificios los que ocupan los colegios y escuelas clericales, y todos aquellos en que más ó menos directamente se labora por el clericalismo, y apenas quedarán en Sevilla quinientos ó seiscientos que no huelan á pezuña sacristanesca ó frailuna. Y perdonenme la andaluzada los que ignoren que soy de por allá.

¡Qué hermoso folleto (como se ve, no se me desarraiga la manía editorial), haría yo, si de todas las provincias me enviasen una lista parecida á la anterior!

Podría servir hasta para ir pensando en la construcción de ciudades nuevas para los liberales, antes de que nos arrojaran del todo de las existentes los ejércitos de la Roma pontificia.

Aunque sospecho que acabo de decir una tontería. Siguiendo como vamos, dentro de ocho ó diez años no quedará en España ni un liberal puro para muestra, como no sea disecado en el Museo de Historia Natural al lado del esqueleto del megaterio.

En fin, envíenme esas listas, y sea lo que Dios quiera.

Flores de la política y la administración

Dije en el número anterior que había dejado de confeccionar el *Manejo de flores místicas*, por falta de primera materia.

¿Seré más afortunado en este otro *Manejo* que se me ha ocurrido confeccionar? Allá veremos.

Para este, como para el otro, necesito que se me envíen las flores: del *Manejo* yo me encargaré. Todo el que sepa dónde hay alguna de la familia de las que á continuación van, ó la tenga él, haría un gran servicio á la nación indicándomelo, ó enviándomela.

«En el Ministerio de Fomento hay unos negociados de «Comunicaciones marítimas» y «Expansión comercial» en los que se agazapan unos cuantos señores que cobran como gratificación más de 200.000 pesetas.

El Ministro suprimió las partidas para hacer economías.

Los jefes de las minorías amenazaron con la obstrucción si se suprimían.

¿Por qué no lo ha dicho al público el ministro?

Medalla municipal

ANVERSO

Algunos concejales tratan de rebajar 25.000 pesetas de la cantidad consignada para *La Gota de leche* con lo cual se quedarán sin lactancia 200 niños pobres.

REVERSO

El Ayuntamiento presupuesta 500.000 pesetas para pagar la contribución á sus altos empleados. Entre ellos hay algunos *pobrecitos* que cobran más de las 25.000 pesetas.

Los detractores de algunos altos empleados municipales, buscan su defensa dejando cesantes por inútiles á otros muchos del ensanche.

Sus defensores proponen dejar cesantes á otros muchos, también inútiles, del interior.

¿Qué apostamos á que todos queden contentos? Ascendiéndolos.

El pueblo es manso. Paga y no protesta.

“La Civiltá Cattólica” en la palestra ignaciana

Podrá recordar el lector que el órgano máximo de la Compañía, allá por el mes de Mayo, arremetió contra el Dr. Ernesto Rutili por haber publicado en la revista *Bilychnis* un extracto de las conclusiones de mis estudios sobre San Ignacio de Loyola.

A la sazón la *Civiltá* no supo oponer á aquellos reparos históricos más que una sarta de insultos, desterrados de la polémica moderna, y un gracioso argumento tan convincente para un público de novicios, como necio para la recta crítica.

«Ignacio de Loyola es santo canonizado de la Iglesia—decía—y por tanto es falso todo cuanto se diga en menoscabo de su santidad.»

A tal argumento repliquéle que la santidad canónica de Ignacio es un hecho curialesco eclesiástico del siglo xvii (1610-1630): y que su vida histórica es del siglo xv y xvi (1491-1556): que entre ambos extremos media una distancia de cincuenta años; y que pueden ventilarse separadamente sin resentirse uno del otro.

Dije además, que del triste argumento de la *Civiltá*, en vez de salir la solución de la cuestión venía á bifurcarse en este dilema: «Si la canonización de Ignacio es legítima, lo que contra él declara la Historia será falso: pero, si lo que descubré la Historia es cierto, la canonización es injusta y equivocada.» Traído aquí el discurso, cualquiera ve perfectamente que la verdad histórica debe servir de base á la canonización, y no al contrario.

Por estas consideraciones invité á la *Civiltá* á hacerse fuerte en su trinchera, y á ventilar las cuestiones por ella planteadas, es á saber: ¿el proceso de canonización de Ignacio

adolece de algún vicio sustancial capaz de invalidarla? ¿Fué aducida en él la verdad histórica con la lealtad que juran los oficiales y testigos de tales procesos, ó al revés, hubo obrepciones, subrepciones y falsedades de varios géneros?

En caso afirmativo, la canonización fundada sobre la mentira será una nueva mentira, en el orden crítico: y en el orden religioso, será aquel grave crimen de idolatría temido por Melchor Cano en sus *Loci Theologici*, de ver á un condenado del infierno expuesto á la veneración de los fieles.

La *Civiltá*, ella sabrá por cuáles motivos, ha abandonado aquella trinchera de la canonización. Rehuye discutirla, y aun renuncia á su argumento. Ahora en su cuaderno de Noviembre, dedica otras nueve páginas al tema, respondiendo á una observación que le hizo *Bilychnis*, en estos términos:

«La ciencia histórica y el buen gusto agradecerían á la *Civiltá* que en vez de gastar papel en improprios é insolencias contra Rutili y Pey Ordeix, señalase los dislates que dice haber en sus libros, y adujese los documentos que los demostren».

El reto, como se ve, iba con todas las de la ley; á pesar de lo cual, los Padres Jesuitas, (ellos sabrán por qué), renuncian á tan linda ocasión de lucir su sabiduría y donosura, y vienen á la carga desde otra trinchera similar á la anterior, aunque contraria. Antes, decían: siendo santo Ignacio ¿cómo va á ser cierto lo que la Historia descubre?

Ahora dicen: «siendo un apóstata el descubridor ¿cómo va á dejar de ser falso lo que dice? ¿Qué más datos necesitamos para probar la falsedad?»

De paso, fustiga á Rutili por haberme llamado ex-jesuita, certificando que jamás pertenezco á la secta, y llamándome entre puntos admirativos «¡l'ex-jesuita spagnuolo!»

Ya se ve que no habrá manera de traer á razón á estos que han hecho voto especial de rehuirla.

Para mí tengo que entre la apostasía y la veracidad, hay la misma conexión que entre la canonización y la santidad efectiva de Ignacio. Sí él, por los actos de su vida fué al infierno (hablando católicamente), no le sacarán de allí mil canonizaciones que le echen. «*Ubi lignum cecidit, ibi erit.*» Como también, mil anatemas de apostasía fulminados por el Papa, no mermarán un punto la honra y dignidad efectivas del inocente, según dicen que dijo San Agustín: «hay excomuniones que caen sobre la cabeza del excomulgador y no en la del excomulgado.»

Que estos pobrísimos recursos polémicos los esgriman los pobres diábolos gaceteros de la prensa clerical, feo es siempre, pero es fatal en el miserable. Mas, no son lícitos ni al alumno de Lógica, á quien la Escolástica enseña: «*argumenta auctoritatis. argumenta paupertatis.*»

Tratárase de poner pleito á Ignacio ante la Curia Romana, y quizás procedieran estos alegatos jesuíticos, de la santidad de la canonización juzgada ya en definitiva, y de la capacidad jurídica del apóstata para acusar y atestiguar. *Non bis in idem*, podría fallar la Curia.

Pero no tratamos de ese tribunal; sino de ese tribunal de la crítica histórica, que, á semejanza de la Inquisición, mantiene los procesos abiertos siempre á nuevas pruebas, y sujetos á revisión, sin admitirse sentencias definitivas, y, ante el cual la Curia Romana es un simple individuo, sus decretos no pasando de opiniones, no solo discutibles, sino de suyo sospechosas.

La *Civiltá* ó ha de renunciar á personarse ante este tribunal, reconociéndose inhabilitados sus redactores, ó ha de comparecer en la forma debida, dejando las argucias de sacristía y los fariseísmos de secta. En él, los apriorismos de las canonizaciones y de las excomuniones, son hipocresías reprobadas que sólo sirven para ganar título de insolente y de indecente al que los invoca: insultos, por otra parte peligrosos como el mentar la soga en casa del ahorcado, pues me obligan á replicar á la *Civiltá*.

—Apóstata soy de la Iglesia, como de la suya lo fué Cristo y lo fueron los apóstoles, que apostataron del judaísmo.

Apóstata soy del clericato, si queréis, como lo fué Ignacio, vuestro Padre, bien que sobre mí no pesa, como sobre él, proceso alguno criminal «por crímenes atroces y alevosos» incoado por el corregidor de Guipúzcoa, en el cual es acusado de un delito común y del crimen canónico de la apostasía.

Y si á ahondar fuéramos en estas materias de insultos sacados de la basura curialesca y de la basura del arroyo, podría decir á los Padres de la *Civiltá*, que nadie me ha llamado todavía «hipócrita, embaucador y facineroso» como llamaron á Ignacio; ni traidor mercenario, como á su socio Cáceres; ni sonsacador de bolsas, como á todos los jesuitas; ni asesino, como á su Pedro Luis de Borja; ni foragido, como á su Farnesio; ni seductor, como á su Lainez; ni, por fin, me tocó un apellido que se preste á que los muchachos me corran por las calles según fué corrido su patriarca

Salmerón,
gran ladrón...

Tan de pésimo gusto es que la *Civiltá* me ponga de remoquete el «apóstata» prevaleándose de la impunidad que le otorgan de consuno los cánones y la mala educación, como el que los ateos llamasen á Cristo «el patibulario» y á Ignacio «el quemado de la Inquisición», abusando de la calidad de haberlo sido por sentencias de tribunales legítimos, á las cuales apela con desatentado consejo el jesuita Ruiz Amado, tirándome de la lengua para hacerme decir algo que deseo callar.

Arma de villanos fué siempre en la discusión el escarnio, y argumento de apache. Los jesuitas saben que aun en esto tienen el tejado de vidrio, y que sobran las sentencias, bulas y documentos oficiales, con los cuales se les puede replicar en ese mismo terreno.

Si la *Civiltá*, en estas polémicas, desea resucitar este tal lenguaje indigno de nuestros tiempos, haciendo derivar las cuestiones de fondo á ruines cuestiones de forma, veré hasta qué punto puedo alternar con los jesuitas, á quienes habrá de imputarse lo que oyeren y no quisieren oír.

Si el trabajo será perdido en cuanto al avance histórico, quizás sirva para hacer aprender á los moralistas de confesonario una lección de moral literaria, con la cual andan reñidos.

Y vamos al admirable «*exjesuita spagnuolo!*», que tan bien ha venido á los sabios de la *Civiltá* para ridiculizar al Dr. Rutili con tal error, y para ridiculizarse á sí mismos, con hacer caballo de batalla este mosquito, otorgándose la licenciatura para la polémica escolástica, contenida en el consabido apotegma: «*grandis grammaticus, grandis asinus.*»

¿Fuí jesuita? ¿Por qué me cuelgan el «ex-jesuita» los extranjeros?

Sospecho que me llaman ex-jesuita por ser «antijesuita, profeso de cuarto voto», pues para ser antijesuita parece ser condición necesaria el haberles pertenecido.

La *Civiltá* declara que no lo fuí: de lo cual me alegro infinito, bien que el testimonio de la *Civiltá* no debe valer más que el de su fundador Ignacio, que certificó no haber sido jamás jesuitas el Diego Cáceres de París y firmaba el primero el acta de constitución de la Compañía, y el Borrassa de Alcalá.

En cambio hay quien asegura que jamás fué jesuita Francisco Xavier...

La causa de esto está en que el desdichado aspirante á jesuita firma sus votos, los envía al General, y este se los guarda y se calla, dejando

al votante en la ignorancia de si es votado ó botado.

Quizás los redactores de la *Civiltá* se hallen en este caso, de ignorar si están admitidos en la Compañía ó no.

Pues bien. En mi caso ocurrieron las cosas al revés. Fueron admitidos mis votos sin haberlos hecho. ¿Lo ignoraba la *Civiltá*? Pues, entérese y averiguará que en algún tiempo anduvimos coqueteando la Compañía y yo, y en estas relaciones amorosas, á medida que yo fuí cogiéndola miedo á ella, ella se fué enamorando de mí hasta el extremo de ofrecerme un noviciado privilegiado en Salamanca.

Suyo me creyó la Compañía: cómo «suyo» dispuso de mí en algunos casos: y al reñir, me trató con todo el odio que reserva á los que fueron suyos y dejan de serlo. Ahí tiene la *Civiltá* la prueba: en su mismo odio.

Quiere la *Civiltá* las pruebas de lo que digo?

Las tengo á mano, y tan perfectas que quizás convenza á sus redactores de haber gozado en la Compañía unas confianzas que difícilmente se les concede á ellos, y que, aún estando como estamos, cuidaré de no mancillar fuera de lo que me obligue la estricta obligada defensa.

No fuí jesuita. No tuve tal desgracia.

Fuí, sin embargo, algo más que los simples jesuitas... y ahora soy un guapo antijesuita, y no ex jesuita.

No veo, sin embargo, lo que podría influir en la polémica, el haber sido jesuita regular.

No me serviría para que la Compañía me cogiera bajo su amparo cuando al P. Rojas lo vemos por las calles de Madrid mendigando, después de muchos años de ser profesor jesuita y de haber llevado al Instituto una herencia de treinta mil duros!

No me serviría, sin duda, para poder llegar á los cincuenta años con algún ahorro de mis escritos, cuando al admirable lingüista P. Julio Cejador, al despedirse de la Compañía, en vez de pagarle sus trabajos le pusieron la cuenta de estudios, viajes, etc., como si los hubiese hecho por deporte, y se los cobraron de su hacienda...

Si ahora vive y come, sin necesidad de mendigar, débelo al talento y virtudes que le han ganado una cátedra en la Universidad Central.

No me serviría, sin duda, para avalorar mi firma literaria, toda vez que al P. Mir lo hicieron condenar como libelista, y comprometieron en perseguirle al Papa en persona...

¿De qué me serviría en la polémica y fuera de ella, el haber sido jesuita de ley?

¡Oh, *Civiltá* de mis pecados: servi-

ríame para vivir pésimamente y morir peor, según dice ser destino constante de los ex-jesuitas el excelso P. Rivadeneira. El que sale de la Compañía, ya se sabe; al patíbulo, al hospital, al manicomio, ó al suicidio.

Si me libro de este destino, ya lo sabe el lector: será por no haber sido jesuita. El ex-jesuita muere así: ahorcado por su mano ó por la ajena... Huye de los hombres para huir de los jesuitas, y busca refugio entre los demonios del infierno. También decía el obispo Cárdenas, que para huir de los jesuitas pidió asilo á los lobos del monte...

Ya ve la *Civiltá* cómo aquí todos nos conocemos. Y aun conozco ya á jesuitas de dentro de la Compañía, que envidian la suerte de los que salieron fuera...

¡Si será fatal la secta!... ¡Ni con ella, ni sin ella!... Como nota final, vaya la que debió ir de intróito.

La *Civiltá* ha puesto á su nueva diatriba este título: *La inteligencia cordial entre protestantes y modernistas*. Nos lo cuenta á los españoles, que estamos siendo testigos de la alianza jesuita-luterana... Sin duda, el jesuita Ruiz Amado, dirá conmigo: — ¡La Compañía de Jesús merece llamarse *mefistofélica*! Mefistófeles firmaría con gusto el escrito de la *Civiltá*.

S. PEY ORDEIX

La indulgencia de la Porciúncula

En algunos santuarios *privilegiados* se puede ganar un perdón universal de todas las culpas, ó tantos perdones universales ó *indulgencias plenarias* cuantas sean las veces que se visite la iglesia, (confesando y comulgando) desde el día primero hasta la tarde del dos de Agosto precisamente.

El origen de esta ganga católica es admirable por todo extremo.

El seráfico padre San Francisco la logró de la Santísima Virgen y de la corte celestial directamente. En 1223 una noche estaba el santo en oración en su celda. Satanás se llegó á él en forma de ángel y le dijo en tono bondadoso: — ¿Por qué te apresuras á morir antes de tiempo? ¿Por qué pasas las noches sin dormir? ¿Ignoras por ventura que el sueño es el principal alimento de la vida del cuerpo, sobre todo en un hombre que como tú estás en la flor de su edad? Créeme, conserva tu vida para servir á Dios por más tiempo, ser útil á la Santa Iglesia y consolidar tu Orden.

Pero el santo, al oír la palabra del enemigo, quítase la túnica, y quedándose en paños menores, sale de su celda, atraviesa una cerca de zar-

zas, hasta llegar al bosque vecino y ensangrienta todo su cuerpo revolviéndose sobre zarzas y abrojos. Al instante mismo se vió rodeado de una luz resplandeciente, y á pesar de que hacía mucho frío y todo estaba helado, como suele suceder en el mes de Enero, aparecieron allí una multitud de rosas blancas y encarnadas. Presentóse un numeroso cortejo de ángeles que le dijo: — Levántate pronto, Francisco, y vete á prisa á la iglesia: allí te espera Cristo nuestro señor y su purísima madre.

Se levantó y vió que estaba vestido milagrosamente con un traje nuevo y blanco; cogió doce rosas blancas y doce encarnadas y corrió á la iglesia.

Allí vió reunida á toda la corte celestial que le dió el encargo de ir á ver á su vicario Honorio III, y para prueba de la embajada le ordenó llevar las rosas... Desapareció la corte y sólo se oía el *Tedéum* que cantaban los ángeles.

El papa, al oler aquellas rosas de Enero, no pudo menos de creerle y promulgó *para siempre* la indulgencia plenaria, desde las vísperas de San Pedro Advíncula (según el encargo de Jesucristo) hasta la tarde del dos de Agosto.

San Francisco predicó sobre este tema, diciendo el extasiado auditorio: «Quiero haceros entrar á todos en el cielo» y anunció la indulgencia, ante lo cual, siete obispos que le oían quisieron restringir la eficacia de tan maravillosa concesión; pero al ir á hablar, cada uno de ellos decía... todos los años *perpetuamente*, sin querer decirlo, pues se proponían que sólo valiera para diez años.

Así, gracias á la intervención evidente y sobrenatural del espíritu de Dios, fué promulgada la célebre indulgencia perpetua de la Porciúncula.

Este escrito, digno de los más famosos libros de caballería, no es invención moderna, hecha para burlarse de los fundamentos de la fe supersticiosa; es copia de una de tantas publicaciones titulada «Anales de Ntra. Sra. del Sagrado Corazón de Jesús», base de un vasto comercio de objetos de devoción, con su casa central en Barcelona, instalada por jesuitas, y en cuya publicación mensual menudean los casos fantásticos y maravillosos.

La semana de guerra

La risa del cinismo

Como fenómeno singular puede observarse en España que, mientras todos los partidos, al tratar de la

guerra, se expresan con el pavoroso respeto demandado por el trágico momento de Europa, los clericales se regocijan como en día de gran fiesta, y tratan de los desastres de sangre y de miseria con carcajadas y gestos de impúdico desenfreno.

Los mismos antigermanos, llegan á ratos á perder de vista el punto movil de ambición de aquel pueblo encendedor de la hoguera, para fijarse en el titánico esfuerzo de desesperación á que ha sido llevado y el duro castigo que, vencido ó victorioso, llevará en el enorme sacrificio de vidas y de intereses.

El más prevenido contra Alemania, llega á sentir la compasión y lástima que se experimenta ante las gesticulaciones de un loco. El estadista con instinto médico, llega á considerar esta locura furiosa del pueblo alemán, como un caso patológico. Todo el mundo, quién más quién menos, preocúpase de las consecuencias fatales que sobrevendrán á Europa y á la civilización á consecuencia de esta guerra, y de la crisis que sufrirán las instituciones sociales hasta recobrar el equilibrio trastornado.

Sólo el clerical ríe y baila, y la guerra le sabe á poco, y azuza los instintos belicosos, celebrando con un arrebatado de alborozo la noticia de cada nueva nación que entra en conflicto.

Si en pleno funeral y cuando toda la familia llora, se destacase un concurrente y empezase á bailar danzas grotescas y á soltar coplas irrisorias, el efecto causado sería detestable.

El cínico sería arrojado como sacrilego profanador de la desgracia y como escarnecedor de la aflicción humana.

Sin embargo, en España, las leyes y la justicia consienten este caso de cinismo degenerado, y autorizan el que este sacrilegio de lesa humanidad se perpetre en nombre de Dios y de Cristo.

Sin duda, si Satanás existiera, y si fuera el enemigo capital de la religión, no hallaría en su genio infernal una caricatura más grotesca de Dios y de Cristo que esta de atribuirles la risa del clerical. Si un dibujante tradujese á estampa este caso, los fiscales se sentirían asombrados.

Y ain embargo... arrojan la cara importa, que el espejo no hay por qué. La risa clerical es un hecho público. El alarde de ser cristianos y movidos del espíritu de Cristo, es también cierto. La cara se exhibe con su repugnancia por calles y templos, protegida por el gendarme...

Acabemos diciendo que Dios y Cristo no han tenido enemigos mayores que sus adoradores... Les adoran y los escarnecen.

¿Mahoma en campaña?

Vexilla regis prodeunt!...

Ya el Sultán de Turquía ha lanzado desde la Suprema Sede de la Sabiduría musulmana, el sacro grito de guerra-santa.

Esta guerra-santa es la defensa de la santa fe de Mahoma, del santo-culto musulmán, de la santa-revelación del Profeta.

Siendo santa la guerra, es santo todo lo que á ella afecta y todo lo que se deriva de ella; es santo el fin, y santos todos los medios necesarios: la matanza, el robo, el incendio, la falacia, la astucia, la maldad...

Las revistas gráficas han publicado fotografías de la salida del Sultán del templo, después de esta proclamación. Como el Kaiser proclamó la guerra en nombre de Cristo en solemne misa de gran parada militar; como el Zar la proclamó en Rusia; como el Emperador de Austria en Viena; como el Santo Sínodo bendicé á las tropas del Zar y el obispo francés las tropas republicanas... ¡En nombre de Dios!... ¡En nombre de Cristo!... ¡En nombre de Alá y de Mahoma!...

Ya está en campaña el belicoso Profeta, el agitador de pueblos, el caudillo de milicias...

Dentro de un año, ¿qué habrá pasado en esta mundo religioso?

Dos escenarios es posible que sirvan de teatro á algunos dramas de la guerra: el sepulcro de Cristo y el sepulcro de Mahoma.

Cuando el Kaiser estuvo, pocos años há, en Tierra Santa, debió deplorar la negligencia y desidia de las naciones católicas y la vergüenza de los Estados cristianos, al ver el sepulcro de su Dios bajo el poder del Sultán, su enemigo.

Allí debió recorrer la historia de las Cruzadas y debió enterarse de las lastimosas escenas que en los Santos Lugares producían los odios de los ritos y sectas cristianas, entre quienes la paz fuera imposible si no estuviese mantenida por el imperio del Sultán.

Allí, el Kaiser debió sentirse afrentado en su sentimiento de soberano cristiano y de Mesías de la nueva era religiosa.

Aún debió asaltar su memoria el recuerdo de los títulos de sus precursores Felipe II y Carlos V, que se titulaban condes del Tirol y reyes de Jerusalén y de los Algarbes...

¡Rey de Jerusalén!... He aquí un título de mágico atractivo para un soberano, que crea ser el más poderoso y el más cristiano del orbe.

Al doblar su rodilla en el sepulcro de Cristo; al entregarse al arrebatado de su exaltación fervorosa; al evocar en espíritu á su Dios, prisionero

del Turco en su propia casa ¿qué ideas cruzarían por la mente del soberano?

Ahora ha llegado el extraordinario momento de ir del brazo el Kaiser y el Sultán. El Sultán, en defensa de la fe y de la libertad del pueblo mahometano contra la opresión anglo-latina: el Kaiser, en defensa y exaltación de su fe cristiana y de su misión providencial en la religión...

Seguramente entre el Sultán y el Kaiser se habrá tratado de este problema del reino de Jerusalén.

Los aliados tratan de adjudicárselo al rey de Bélgica, en caso de salir ellos con la victoria. En caso de salir victoriosa Alemania, el Kaiser no podrá menos de apoderarse de este título que se tiene bien ganado.

Reconstituir el reino de Jerusalén; reorganizar allí las doce tribus; glorificar el Calvario y atraer á las murallas de Jerusalén la parte inconversa del pueblo á llorar la destrucción del templo y á dar testimonio de las profecías... ¡he aquí una empresa digna del Kaiser!... He aquí un voto admirable.

Mas ¿qué van á hacer los clericales españoles, ante esta alianza del Kaiser con el Sultán? No pueden ya defender al uno sin defender al otro.

Hasta aquí, para poder defender contra la católica Bélgica á la luterana Alemania, apelaban al recurso de decir: «El Kaiser no es católico... pero es cristiano». Ya no decían como antes: la peor cuña es la de la misma madera... el hereje es peor que el infiel...

Pues, ahora, la inagotable sabiduría clerical, está diciendo:

«Cierto es que el Sultán no es cristiano: pero es religioso: cree en Dios...

El tiro les sale por la culata. El Sultán es anticristiano. El Kaiser es anticatólico. La guerra santa del Sultán va contra todo el cristianismo, como el Kulturkampf va contra el catolicismo.

¿Pueden los clericales sumarse con los herejes y con los mahometanos?

¿Sí? Pues... ¡retrefarsantes! Caigan sobre vuestras cabezas las sentencias que antes lanzásteis contra la tolerancia de cultos y contra la libertad de conciencia. Malditos mil veces por vosotros mismos. Sobre vosotros cae la sangre de vuestros padres y abuelos dada por la intranquiedad de la seriedad católica.

Esta semana ha sido fatal. Os ha hecho aliados de Mahoma.

“Milagros comentados,”

POR

José Nakens

PRECIO DOS PESETAS

EL MOTIN



Reparto de la torta del Presupuesto.

Avance del clericalismo

Inacción de los liberales

A CRISTOBAL LITRAN

Andaban en amistosa discusión Nakens y el incansable *Fray Gerundio* sobre la desastrosa situación en que ha venido á caer la fuerza anticlerical racionalista en España. *Fray Gerundio*, una de las víctimas (otra es Nakens mismo) de esa desdicha, viendo un porvenir muy negro, dirígese al patriarca republicano preguntándole: «¿Qué hacemos? Nos dejan solos; no vamos así á ninguna parte, puesto que no son los neos, los curas y los frailes los que nos revientan; son los de nuestro campo, unos con su cobardía, otros con su egoísmo, que nada tiene de valeroso.»

Nakens como puede contesta con la habilidad que le distingue; pretende dar alientos, se coloca en un plano superior á tantas miserias, hace esfuerzos de ingenio dialéctico; pero no convence á su amigo, ni á mí, ni tal vez á sí mismo se convence.

Bien; pues en el mismo número en que inserta EL MOTIN una carta de Nakens á *Fray Gerundio* sobre este deplorable asunto, carta llena de amargas ironías que hielan el corazón, aparece un bello artículo de Cristóbal Litrán, titulado *El peligro clerical*; ¡hay que leerlo!

«Los que echando el pecho al agua—dice—dan á las cosas sus verdaderos nombres, se ven envueltos por la hipocresía ambiente en una atmósfera asfixiante, aislados de la vida social como leprosos del pensamiento.

»Y el clericalismo en tanto avanza... lo ha invadido todo... y los esfuerzos para oponer un dique á la ola clerical, van, á lo que parece, siendo estériles. «Los titulados librepensadores, anticlericales, racionalistas españoles, se llaman Andana». Por quién ha de ocupar una presidencia, dejarán que arda la casa del vecino, creyendo que el fuego clerical no ha de amenazar la suya.

»¿Qué triste es tener que confesarlo!»

Sí, muy triste; pero hay que decirlo muy alto. ¿Que se alegrarán los neos y aducirán este nuestro testimonio en pro de su causa vencedora? Bueno, ¿y qué? Por esos miedos genuinamente conservadores y católicos que ningún liberal sensato debe alimentar, pero que el liberalismo vergonzante y sin vergüenza de nuestros días ha heredado, ¿vamos á callarnos una verdad que mucho conviene hacer pública? ¿También por espíritu de ovejuna disciplina

á lo reaccionario hemos de cubrir con el silencio los delitos de lesa libertad cometidos por los nuestros? No seré yo quien tal haga, ni lo hice nunca; sépanlo todo todo, ha sido el lema de mi escudo de periodista.

..

Muy triste ¡ya lo creo!, señor Litrán; por lo mismo hay que hablar de ello, ¿qué digo hablar? poner el grito en las estrellas cada uno con la fuerza que tenga. Oiga usted: conozca el público este puñado de miserias y juzgue luego.

En España no hace obra anticlerical la Prensa monárquica; no la hace el Trust, que abarca tres periódicos sedicentes republicanos; no la hacen esas publicaciones embrutecedoras, diga lo que quiera Galdós, que se llaman ilustradas: *Blanco y Negro*, *Nuevo Mundo*, *Mundo Gráfico*, *La Esfera*, etc., que pudieran hacerla, y no debemos confundirlos con *Alrededor del Mundo*, *Mundo Científico* y otros de carácter especial; no la hacen los de sucesos, no la hacen los satíricos, hoy casi todos clericales: *Gedeón*, *Mentidero*... ó pornográficos, pero... también clericales; ejemplo: *El Viejo Verde*.

¿Y la Prensa republicana? Tampoco se atreve ya con el clericalismo como antes se atrevía toda ella y parte de la monárquica liberal. Hoy, periódicos nuestros como *El Popular*, de Málaga, *La Voz de Guipúzcoa*, *El Mercantil Valenciano* y así otros, se han vuelto anodinos, buenos chicos, que por nada del mundo disgustarán á la reacción clerical; le tienen un miedo horrible. Ya no se envanecen con los anatemas de los obispos; los evitan por temor. Menos tímida, la Prensa socialista algo suele atacar á los clericales cuando le conviene, pero á palos de ciego y con muy limitados puntos de vista.

La Campana de Gracia, *La Esquella de la Torratxa* (ambos de Barcelona), son hoy menos agresivos con el clericalismo que hace quince años; su propietario coquetea con los clericales; *Fray Gerundio* se lo ha dicho cien veces. Y unos buenos librepensadores de Zaragoza, los que publican cuando pueden esa hojita siempre sincera y certera, los infelices carecen de recursos.

La Prensa espiritista se ha hecho un lío de Evangelio, profecías, Biblia, ciencia y espiritismo, que la ha convertido en clerical. En un periódico de esos, valenciano, he leído hasta defensas de la Eucaristía; y los periodiquines protestantes, llenos de miedo, zonzos en su pietismo ridículo y reaccionario, hacen protestas no vergonzante, pero con el clericalismo ya no luchan.

..

¿Qué resta, pues? Aparte los traba-

jos intermitentes de algunos pensadores aislados como usted, señor Litrán, como Samblancat, Araquistain, Alomar, etc., no queda más que lo siguiente:

El País, que lucha contra el enemigo con bastante vigor, y la tenaz campaña que sostenemos á la desesperada Pey Ordeix en EL MOTIN, *Fray Gerundio* en *El Diluvio* de Barcelona, y yo aquí en *El Radical*; ya solo aquí, porque tenía una colaboración en *El Progreso* de Barcelona, por iniciativa del Sr. Lerroux, y en cuanto él vendió dicho diario al Sr. Pich y Pón, éste, aunque se dice radical, me ha excluido; le parece mi anticlericalismo peligroso, horripilante, y mucho dinero las cuarenta pesetas que por esa colaboración me daban.

No hay más; tres curas, que con Nakens hagan rudo, constante y sistemático anticlericalismo. ¿Bajas? Además de la mía en *El Progreso*, anote usted, D. Cristóbal. Murió el insigne Martínón, también clérigo, que sostenía brillantemente la bandera anticlerical en *El Pueblo* de Valencia; no fué sustituido ni se quiso que su labor continuara, como en efecto, no continúa.

Una vez estando yo en Valencia, Azzati me rogó que le escribiera desde Madrid dos ó tres artículos; al menos así perseveraría—dijo—el carácter del periódico. No dejes de enviarlos, te los pagaré, aunque no tan bien como quisiera.

—¿Qué has de pagar tú?—le contesté.—Pero con tal que ampare á la pobre Victoria (sobrina de Martínón, que quedó en la miseria) te haré ese trabajo.

Lo hice, gustó, dió que hablar... pero Azzati nada hizo ni entonces ni luego por doña Victoria, ni me pagó; y *El Pueblo* me trató con la descortesía bastante para que cesara yo en mi labor gratuita.

—Se te dará una reparación—me escribió Azzati después, y le respondí lo mismo:

—¿Qué has de dar tú?—en lo que fuí buen profeta.

No hace mucho, se propuso Pey Ordeix colaborar en *El Pueblo*; empezó con fervor, á pesar de haberle yo advertido que no adelantaría nada. En efecto, al poco tiempo tuvo que dejarlo; las pocas pesetas y tanta falta como le hacen! que por su trabajo debiera esperar, le parecían obligación gravosísima á *El Pueblo*.

Fray Gerundio no tiene más colaboración que la de EL MOTIN; yo, ninguna; Pey... no sé si alguna en Portugal; los tres andamos á botetadas con el hambre; en libros, no hay que pensar; con nuestra firma no los quiere editor alguno. Y así nos van acorralando ¡los nuestros!, nos van privando del ambiente de todo auxilio, y así continuaremos hasta

caer rendidos en la mendicidad, antesala del hospital, sin que los prohombres de la causa que años y años venimos sosteniendo (yo, el más antiguo al presente, desde 1883), nos amparen ni les importe un bledo de nuestra miseria: «La merecen por tontos», dirán; y puede, ¡oh, admirado Sr. Litrán!, que estén en lo cierto.

JOSÉ FERRANDIZ

Andando por Madrid

Treinta millones tirados á alcantarillas

II

Decíamos en el artículo anterior que el Municipio PUDO ahorrar los 38 millones de las obras; ahora vamos á probar que, gastándolos, no evita los males que existen y será necesario otro presupuesto igual ó mayor, dentro de poco, con lo cual será de 76 millones, por lo menos, el perjuicio que se HACE á Madrid.

En el proyecto de saneamiento que se ejecuta NO SE HA PENSADO EN ESTABLECER POR EL INTERIOR DE LAS ALCANTARILLAS, LOS SERVICIOS PUBLICOS, AGUA, GAS Y ELECTRICIDAD; y si bien puede alegarse que variar las tuberías de agua y de gas sería costosísimo, no cabe el mismo argumento para los cables de la luz; pero aceptándole para todo, tendrá fuerza el argumento, para lo instalado de antiguo, pero ¿qué se alega para las nuevas instalaciones?

Recientemente se han instalado, ó se están instalando tuberías para las nuevas bocas de riego, la red del Canal de Santillana, las sustituciones que hace el gas, los sectores que faltan en la Electra, etc. ¿Por qué no se obliga á que estas instalaciones se hagan por las alcantarillas existentes?

El Canal de Isabel II dispone de una red de galerías de gran sección capaces de alojar todos esos servicios, y no se crea que es insignificante; mide más de 15 kilómetros y cruza las principales calles de Madrid, incluso la Puerta del Sol.

¿Qué inconveniente hay en que del mismo modo que la compañía de teléfonos establece sus cables y algunas líneas telegráficas los suyos, se establecieran por esas galerías los cables de la luz y las tuberías del gas?

Sin violentar á nadie, sin perjudicar á las compañías, podría el Ayuntamiento acordar que todas las reparaciones que se hicieran en esas tuberías por calles en que hubiera alcantarillas capaces ó galerías del canal, no pagarían licencia, pero en cambio se obligaría á la compañía á instalar en la galería ó alcantarilla

una longitud de tubería ó cables tantas veces mayor que la longitud de la calle. Y si este procedimiento no satisface, podría obligarse á que en un número determinado de años cada compañía instalase sus tuberías ó líneas por el interior de alcantarillas y galerías. Y si tampoco gasta ese sistema, por temor á que las compañías con su influencia no cumplieren, podría el Ayuntamiento establecer, ahora que están en moda los nuevos impuestos, uno progresivo por ocupación del subsuelo, de tal modo estudiado, que en un número determinado de años costase más á las compañías el impuesto que el cambio de instalación.

¿Ha pensado el Ayuntamiento lo que le cuesta el arreglo de pavimento por culpa de las constantes calas?

Y para dar ejemplo, el mismo Ayuntamiento podría instalar en las alcantarillas y galerías su red de tuberías de agua gorda.

Ninguna de estas instalaciones se han previsto en el proyecto que se construye y que costará 40 millones de pesetas y en cambio:

¿Saben ustedes lo que se pretende? Pues nada menos que establecer OTRA RED DE GALERIAS para esos servicios gastando otros ¡¡60 millones!!

Y así resultará en una misma calle: alcantarilla nueva, según el proyecto que se ejecuta, galería flamante hecha por el Canal de Isabel II y otra tercera galería para los servicios.

Esto ¿les parece á ustedes absurdo? Pues sigan leyendo y verán que tenemos motivos para razonar así.

En Recoletos están haciendo una alcantarilla nueva con arreglo al proyecto (la de las equivocaciones de que hemos hablado y que cualquiera puede comprobar ahora que están cavando otra zanja); pues bien, esa alcantarilla tiene una canal de 70 ó 80 centímetros y la apellidan (á la alcantarilla) *Colector suplementario*. Pues bien; por el paseo de Recoletos y la Castellana van otros dos colectores, el uno de 4 metros de ancho y el otro de 3; estos colectores NO HAN REBASADO NUNCA, lo cual prueba que son capaces para conducir todas las aguas de la cuenca en las grandes lluvias; ¿para qué se hace el tercero?

Esto me recuerda la anécdota atribuida á Newton, el celebre matemático: Tenía prohibido terminantemente la entrada en su estudio; sólo disfrutaba de *franquicia* un magnífico gato de Angora para el cual hizo en la puerta un agujero circular.

Un amigo que conocía su cariño al gato, le regaló otro, que era un raro ejemplar por su pequeñez; del que tenía el sabio se podían hacer 4 como el regalado, y Newton en cuanto le recibió llamó á un carpintero

para que hiciese en la puerta de su estudio otro agujero ¡más pequeño!

Peño el agujero en la puerta del estudio de Newton, sólo representaba la pérdida de una peseta al carpintero, mientras que 3 kilómetros de alcantarilla (desde Cibeles al Hipódromo) con este tejer y destejer de abrir zanjas y taparlas sin hacer nada, ya representan 300 000 pesetas TIRADAS DE VERDAD; porque aunque se dé como razón, que á la nueva que se hace va á acometerse nuevo alcantarillado, siempre subsistirá el mismo argumento, porque la cuenca geográfica que vierte sus aguas á Recoletos y la Castellana no la podrán *estirar* más allá de las divisorias naturales del terreno, ó de las alcantarillas de antiguo establecidas.

Continuaremos transmitiendo á nuestros lectores las notas del manuscrito, en las que probaremos que la equivocada orientación económica del Municipio en aquellas obras, siguen perjudicando á Madrid, y terminamos hoy con la siguiente pregunta:

Si en Recoletos y la Castellana hay, además de una galería del Canal nuevecita, dos alcantarillas que, buenas ó malas, grandes ó chicas, sirven y desaguan toda aquella zona, ¿no hubiera sido más lógico construir la nueva en una calle que no tuviera ninguna?

JUAN PÉREZ

(Continuará.)

La nueva hazaña germánica

La "guerra santa"

«Jahve, el Dios de los cielos, me ha dado todos los reinos de la tierra.»
Ciro, (*Esdras 1, 2*)

El Kaiser y el Sultán de Turquía han llegado á entenderse y á aliarse. En nombre de Alá y de Mahoma, el Sultán ha declarado la guerra á los aliados, como el Kaiser se le declaró en nombre de Dios y de Cristo.

El primer acto de guerra del Sultán, ha sido retirar á Francia el Protectorado de Oriente (1): aquel protectorado de las misiones, nacido de la gestión diplomática de un español asaz infortunado, Antonio del Rincón, comunero, enemigo jurado de Carlos V, y cuyo asesinato ocasionó una de las guerras entre Francia y España.

Podría creerse que al denunciar

(1) En virtud de este Protectorado, Francia ostentaba ante el gobierno Otomano la personalidad jurídica de los cristianos de Oriente, que constituía un dominio político de gran autoridad.

este protectorado el Sultán, fiel á las leyes coránicas y á la tradición islámica, lo primero que ha hecho ha sido adueñarse de los Santos Lugares de Jerusalén, expulsar de allí á los frailes (idólatras según la iglesia musulmánica), y establecer el culto de los sepulcros de Abraham y de Cristo según el dogma de Mahoma.

Lejos de esto, ha regalado al Papa el Protectorado: al Papa, encarnación suprema del odio á Mahoma; lo cual, en vez de ser un acto de guerra santa, será considerado por los teólogos de allá como enorme herejía, como apostasía implícita del espíritu del Corán, y, por tanto, convencerá al pueblo fiel de que no se trata de la guerra de religión, legislada por sus profetas, sino de una guerra política impuesta por el Kaiser y por Austria.

El Papa, al encontrarse con tal momio, podrá decir con las Escrituras: «el odio de los enemigos nos ha salvado». Un fraile tunante diría: «No en vano llamamos el Pescador á Pedro: en este río revuelto de la guerra, el Papa ha pescado ya esto.»

El Protectorado de Oriente no es, que digamos, el Estado Pontificio, cuyo restablecimiento dicen estar en la idea del Kaiser. Pero si el Kaiser y el Sultán se entienden, podría ocurrir que se pactase la reconstitución del reino de Jerusalén bajo la soberanía del Papa, quien, si perdiese algo con el cambio de las aguas del Tiber por las del Jordán, ganaría indudablemente con el cambio del sepulcro de San Pedro por el de Cristo.

No sucederá esto por desgracia. El Papa aceptará el obsequio del Sultán, para presentarse á la gran almoneda que se hará de las coronas y reinos de Europa después de esta gran quiebra de la guerra, y ofrecerá el reino de Jerusalén al mejor postor.

Sabemos, pues, que esta guerra santa no está inspirada por el Profeta, sino por el maquiavelismo alemán.

El grito sofístico de guerra santa cruzará mares y montañas, para levantar los catorce millones de musulimes rusos contra el Zar; los ciento sesenta y cinco millones extendidos por el Asia contra el dominio de los aliados, y aun vendrá al Africa á soliviantar los siete millones de marroquíes.

A todos esos pueblos fanáticos se les prometerá la victoria en la tierra para los sobrevivientes, y el paraíso de las huríes para los que mueran matando. Así lo anunciarán los agentes del Turco y los emisarios del Kaiser.

Para muchos pueblos islamitas, la proclama del Sultán será inútil y

aún contraproducente. Como el Sultán de Marruecos fué considerado por la masa de los creyentes como renegado é infiel desde el momento en que entró en composturas y coqueteos con la católica España y aún con el Papa, lo cual trajo el cisma entre el Sultán y su pueblo; así el Turco es reputado como miembro gangrenado y pernicioso del gran pueblo musulmán, y el imperio otomano es visto como cismático y enemigo de la ortodoxia y pureza religiosa.

Por esto la voz del Sultán de Turquía perderíase probablemente en el desierto. Los teólogos musulmanes se apresurarían á acusar esta proclama, de ser un vil acto político y no un acto de religión, toda vez que la guerra no va contra el cristiano, sino á servir al cristianismo germano, y á comprometer el honor de Alá, de su Profeta y de sus pueblos en la conflagración de los odios europeos.

Tal sería la réplica que de consumo darían los moralistas del Corán al requerimiento del Sultánato Turco.

Mas la voz del Sultán será propagada por los agentes germanos en los varios países fronterizos á los países de los aliados, y en los países de éstos.

En esta propaganda jugarán el soborno, la dádiva, el fomento de instintos rebeldes y sanguinarios. todo cuanto pueda servir para encender y propagar la guerra.

El Kaiser y el Sultán habrán intentado solamente herir á los aliados, y creído quizás contener, con sus ardidés políticos, el furor religioso, dentro de los límites convenientes á aquel propósito suyo.

Pero si realmente prende en el alma de los pueblos del Islam la llama religiosa de la guerra-santa, el Sultán y el Kaiser van á encontrarse con que no serán ellos, sino el Corán, quien fije los límites de la guerra y ponga leyes y reglas al combate: y el Corán será quien alumbrará la mente del soldado para descubrir y perseguir al enemigo, esto es, al infiel, y sobre todo, al *perro-cristiano*.

Según los primeros telegramas, ya se han inaugurado en Armenia las matanzas de cristianos. El musulmán no podrá distinguir entre alemán ó francés, ni entre guerreros ó neutrales. La guerra-santa irá contra el infiel: este es el enemigo; esto promulga el Korán, en cuya virtud el Sultán reina y sometido al cual declara la guerra.

Para los de Marruecos, el infiel es el español y el francés, como el ruso para el persa, el inglés para el egipcio y el yanqui para el musulmán filipino.

En la misma Turquía asiática, y

en la propia Palestina, el infiel es el cristiano y el propio custodio de los Santos Lugares.

Veremos cómo se arreglará el Sultán para poner excepciones políticas al furor religioso de su pueblo. Veremos cómo los sabios alemanes cohonestan esta diplomacia de un gobierno, y esta nueva magnífica obra de arte.

Si prospera el grito del Sultán y le sucede la versión de sangre adecuada á los adelantos germánicos, los cristianos que sean descuartizados por las huestes islamitas, podrán recordar las proclamas del Kaiser de principios de la guerra, en nombre de Dios y de Cristo.

Doscientos treinta millones de mahometanos alzados en armas esparciendo la muerte por las cuatro antiguas partes del mundo... ¡soberbio espectáculo para Nerón y para Atila! ¡Menudo negocio para la casa Krupp!...

XIMENEZ DE CISNEROS

Jesús y Cristo

Para José Nakens, que con gran acierto ha dicho: «...yo no me he puesto al lado de Cristo, sino al lado de Jesús; que no es lo mismo.»

Tema es este, el de diferenciar á Cristo de Jesús, que merece plumas de más empuje que la mía. Es, lo reconozco, tema difícil que necesita para su desarrollo conveniente golpes de erudición que yo no puedo darle. Mi convencimiento, mi sentidísimo convencimiento, tiempo hace adquirido por diferentes lecturas y en especial por la de la gran obra del enciclopedista Dupuis «Origen de los cultos» es lo único que puedo aportar.

La figura de Jesús, el de Nazaret, histórica ó no histórica, es una figura interesantísima, digna de veneración y respeto. No en vano se tiene tal figura, histórica ó no histórica, por una de las más grandes, la más grande acaso, entre las realidades ó las invenciones humanas.

Al novelar el sabio Renau la figura de Jesús es su Vida, hizo una obra insuperable, porque la base no podía ser más interesante y acabada.

Jesús, si existió, fué sin duda un gran soñador, contagiado por todas las aberraciones y atavismos del pueblo judío. De ahí el creer, con la soberbia consciente de su grandeza moral, que él era el Mesías, el Enviado, ofrecido por los profetas, soñadores pequeños anteriores á El, el grande. Se nombró á sí mismo, según sus sospechosos historiógrafos, *Hijo de Dios*... ¡quién sabe si para dar mayor autoridad á sus palabras, á su siembra! Trató de hacer milagros, obligado y ayudado por la cre-

dulidad y la ignorancia del vulgo, más es lo cierto que resistiéndolo siempre, como algo que, por lo mentido, le repugnaba. Imposible el evadirse de vivir su tiempo, y lo vivió.

Mas aparte estas pequeñeces circunstanciales, á las que el mismo Jesús dió muy escasa importancia, lo que en Jesús resalta es la grandeza moral, su amor al Bien y á la Justicia. Perdonó, y quién sabe si amó á su modo, á la Pecadora; perdonó á la Adúltera y al Ladrón; condenó al rico y abogó por los pobres; se mostró amante de los niños; fustigó á los mercaderes; pronunció aquellas significativas y trascendentes palabras: «dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios»... y se sacrificó, por fin, y fué Martir de sus enseñanzas. ¿Cabe mayor grandeza?

Ahora bien, ¿fundó Jesús una religión, una liturgia sacerdotal? Nada lo acredita. Es más; hay hechos y palabras suyas que demuestran que era enemigo, no de la religión (bien entendida esta palabra) sino de las liturgias, y no digamos de la Ciencia (!) teológica, que él no conoció ni pudo adivinar logomaquia y zofistería tan disparatadas.

Al ocuparse Dupuis del Cristianismo, del culto cristiano, pone en duda la existencia histórica de Jesús, ó mejor dicho, no le concede á esa existencia importancia alguna. Y es porque para él Jesús y el Cristianismo son cosas bien distintas.

El Cristianismo, según Dupuis, es una mera continuación de los antiguos cultos orientales. Se aprovechó la hermosísima figura de Jesús, se agregó á este el nombre de Cristo, formándose el de Jesucristo; esto fué todo.

Difícil deshacer tal amalgama después de tantos siglos, máxime cuando el Cristianismo ha procurado mezclar, á lo que constituye su fondo y su esencia, el recuerdo adorable del Mártir, haciendo panegírico de todos los actos de su vida, desde su nacimiento hasta su muerte, y hasta alterando, con otras cosas, su cronología, para adaptarla á lo que exigía el culto naciente. De la figura de Jesús, histórica ó no histórica, real ó inventada, se hizo á Cristo.

¿Y qué era Cristo? Digámoslo de una sola vez: Cristo era el Sol; los adoradores de Cristo eran, y son aún, meros adoradores del dios Sol. ¡Extrañas coincidencias!—dice Dupuis.—Doce son los apóstoles que se le atribuyen á Jesús: doce los signos del zodiaco que el Padre Sol recorre en su anual carrera, formando con ese recorrido los doce meses del año. Doce—agrega luego—fueron también los Trabajos de Hércules, otra representación del astro-Dios, como asimismo lo fueron (y

raras coincidencias hay también entre el Cristianismo y aquellos cultos) el Osiris de los egipcios y el Mitras de los persas. A Jesucristo—añade todavía Dupuis—se le hace nacer en un día del mes de Diciembre, precisamente en aquel en que el Sol entra en el solsticio del invierno; y se le hace resurgir de la tumba, celebrándose su Resurrección en el solsticio de primavera, cuando el Sol, Padre fecundador de la Madre Tierra, comienza á mostrar sus más adorables esplendores, cuando resurge del frío sepulcro del invierno.

En conclusión: para Dupuis (y para mí también, que soy un convencido de sus demostraciones) el culto á Cristo es el culto al Sol, del mismo modo que lo fueron los más antiguos cultos. En la liturgia cristiana existen, además de las «coincidencias» anotadas, multitud de ritos, de ceremonias y aún de formas (la custodia, por ejemplo) que lo prueban.

Y, probablemente, se continuará. Pero, mientras tanto, ahí queda el tema para que lo traten plumas de más empuje que la mía.

SIXTO PÉREZ

Los santos asilos

El corresponsal que tiene en Valverde de Burguillos *El Clamor Jerezano*, que se publica en Jerez de los Caballeros, le refiere lo siguiente, que ha oído de labios de una monja exclaustrada y de su madre. La monja se llama Emerita Bellido Cubillo.

Habla la madre:

«Mi hija ingresó en el Convento hace ocho años, como organista, sin dote, y en todo el tiempo que ha estado dentro, tanto en el noviciado como cuando hizo las dos profesiones que llevaba hasta el día, jamás oí de labios de la superiora, en las varias veces que estuve allí, nada que no fueran elogios desmedidos para mi hija. La última vez que estuve á verla, fué por la feria de Mayo que se celebra en Jerez. Me acompañó el marido de mi otra hija, mi yerno, ante cuya presencia Sor Belén, la superiora, me dijo que estaban muy contentas con mi hija por los primores que en dibujo y bordado ejecutaba. ¿Cómo había yo de figurarme que, después de esto, iba á recibir el grande sobresalto de ver á mi Emerita regresar escoltada por la Guardia Civil?

—Sí que es extraño todo eso, señora. ¿Y entonces á qué atribuye su expulsión?

—Yo voy á decírselo,—contestó la hija tras de la puerta;—no quería haber dicho nada, pero ya que ellos

cuentan la cosa á su manera, en vez de callarse como yo he hecho hasta aquí, voy á decir á usted, si no todo, lo suficiente para que usted forme juicio. La superiora del convento, Sor Belén, es sobrina de otras dos monjas, la madre Trinidad y Sor Patrocinio. Este triunvirato es el dueño absoluto del convento, y la monja que cae en desagrado de cualquiera de ellas, ya puede encomendarse á Dios. Las otras siete monjas, bastante viejas la mayor parte, se aguantan con todas y toleran todos cuantos abusos las otras cometen...

—Dispense usted, Emerita; acaba usted de decir las otras siete—¿Cuántas monjas había en el Convento?

—Once conmigo; ahora quedan diez.

—Y ¿cómo puede ser eso? Yo tengo entendido que cuando una comunidad no llega á doce, debe unirse á otra, cerrando su convento.

—Así debe ser, si señor.

—Entonces ¿cómo puede mantenerse ese estado de ilegalidad.

—¡Vaya, vaya! Como se mantienen otros muchos: pero prosigo. Yo pude observar que con la autorización de las tres referidas monjas, pasaban cosas en el convento impropias de aquel lugar de recogimiento...

—¿Qué cosas eran esas?—me atreví á preguntar.

—Usted perdone si no soy más explícita. Lo que si le afirmo, es que en mi calidad de religiosa no me agradaban nada y así hube de manifestarlo más de una vez.

Reclusión y malos tratos

—Nunca lo hubiera hecho—siguió Emerita;—las citadas madres se empeñaban en hacerme ver lo contrario de lo que había y en prohibirme que dijera nada á las demás compañeras, de lo cual protesté, como era natural, pues no creo que la autoridad de una superiora, ni menos de una simple religiosa, como son las otras dos, consista en obligar á las demás monjas á ejecutar actos ajenos á la vida religiosa, pues esto no hay regla que lo autorice; y en vista de mi negativa á comulgar con ruedas de molino, fui varias veces castigada y reclusa en una habitación húmeda, insana, deshabitada de siempre, pequeña hasta el punto de que sólo cabían un catre y dos sillas, y así estuve durante más de tres meses. Esto me hizo perder el apetito, empezando á enflaquecer más que de prisa. Durante el tiempo en que permanecí encerrada, sólo pude hablar con dichas monjas, las cuales venían á provocarme tras de la puerta y formando verdaderas algarabías de voces y gritos con un fin que entonces no me explicaba, pero que hoy me explico perfectamente. Era necesario hacer creer á alguien que yo estaba encerrada por necesidad,

que estaba furiosa contra dichas monjas, que estaba loca, en una palabra. Era necesario obtener un certificado médico para echarme, porque la exclaustación sólo puede hacerse por causas de esa índole, y era preciso hacer creer al médico que los síntomas que en mí se veían eran de un estado de desequilibrio tal que pudiera producir la locura. Que lo consiguieron, lo prueba evidentemente mi estancia en la casa de mis padres. Que han logrado engañar hasta el Sr. Obispo, no tiene duda alguna. Y para mayor escarnio, me trajeron conducida por la Guardia Civil, como si realmente estuviera loca ó como si hubiese cometido un crimen. He ahí, los procedimientos de aquellas humildes esposas del... Señor.

Hasta aquí Emerita que después de lo manifestado no volvió á pronunciar palabra. También su madre dejó de hablar sobre el asunto, y yo, tras de varias palabras de cumplido dejé la casa con la íntima convicción de que la ex sor Rita se había quedado lo mejor en el tintero.

No obstante, si algo más puedo arrancarle, volveré á escribirle para comunicarlo á los lectores de *El Clamor Jerezano*.

Otras noticias

Después de mi visita á la casa de Sor Rita, tuve ocasión de hablar con el médico de este pueblo, y á preguntas mías, me manifestó que no hay tal locura ni mucho menos, sino una debilidad física bastante grande, muy parecida á la que se produce por excasez de alimentación y depresión de espíritu.

El Corresponsal

Como es inútil reclamar justicia para estos atropellos, me limito á repetir aquí el comentario de costumbre:

«Estaría justificada una revolución que no tuviese otro objeto que abrir los conventos, echar fuera á sus moradores, y fumigar después los edificios con una piqueta.»

VEINTIOCHO MIL DEMONIOS

Tener el diablo en el cuerpo es á veces muy agradable; pero de cierto no puede serlo el servir de albergue á veintiocho mil, entre los cuales hay algunos, como Satán, Lucifer, Astarot y Mammon, de gran talla y recia contextura. En este último caso se encontraba una muchacha llamada Blanca Guyón, á quien varios clérigos han estado rociando con agua bendita y atiborrando de *oremus* durante un período de ocho meses y á razón de cinco horas diarias.

Los demonios, hartos sin duda de ver las figuras grotescas de aquellos fanáticos incansables, han concluido por levantar el campo, ó al menos no se ha vuelto á tener noticia de ellos. La muchacha ha partido también, ignórase con qué rumbo.

En cuanto á los saltimbanquis de sotanaos que se habían consagrado á aquellos ejercicios de la Edad Media, triunfan ahora ruidosamente, con aprobación y privilegio de monseñor Goux, obispo de Versalles, quien no ha tenido reparo en otorgar á una farsa de mala ley su bendición apostólica.

Quince ó dieciséis años há ocurrieron hechos extraordinarios en un concejo de Italia, cuyo nombre no recuerdo. La villa, ordinariamente tranquila, fué visitada por un capuchino que predicó durante la Cuaresma.

En tal entretuvo en hablar largamente del infierno y de los demonios, así como en detallar los procederes de las brujas, é hizo tan palpitantes descripciones de aquel mundo imaginario, que al término de la misión estaban medio pasmadas de terror ó completamente vueltas del juicio las más de las mujeres de la aldea.

Salían por las noches de sus casas, y medio desnudas, cuando no del todo, trepaban como gatas por los árboles, y se pasaban las horas aullando á la luna.

El envío de una docena de gendarmes puso fin al escándalo, pero el martillazo estaba bien dado en aquellos miseros cerebros, muchas de cuyas duñas necesitaron largo tiempo para recobrar el equilibrio, ó fueron á parar al manicomio.

Ignoro cuál sea el estado actual de los cerebros en el Municipio del Gif, donde se congregaron el cura Perier, el P. Perdreau, superior del Seminario, el abate Gordonnier, vicario en París, y el párroco de Orsay, para exorcizar á la desventurada Blanca Guyón; pero no nos parecería nada extraño el hecho de que sopasen vientos de enajenación mental por todos los ámbitos del concejo.

Dícese ya que varias mozas del lugar, testigos que fueron de los exorcismos, muestran marcada tendencia á revolcar se como reptiles por el polvo. Un poco más, y saldrán de noche al campo y se encaramarán en los árboles para aullar ó silbar á la luna.

Los veintiocho mil demonios de Blanca Guyón se han desperdigado sin duda por la comarca, y es el número lo bastante considerable para abastecer á todos los moradores y dejar todavía una buena porción para los coleccionistas.

Détese confiar, no obstante, en que los maridos de las damas á quienes conturbe la propensión á la hechicería, no tolerarán sus escapadas y sabrán restituir las en último extremo al dominio conyugal, siquier para ello hayan de apelar al discreto empleo del habarístico mango de escoba.

Bien mirado no hay por qué escandalizarse de que se den espectáculos tales á las puertas de París. Las muchedumbres fueron, son y serán siempre igualmente simples, crédulas é impresionables. En todo tiempo y lugar se les hará comulgar con idénticas ruedas de molino.

He visto, durante el sitio, turbas de imbeciles agolpados con la nariz al viento en el boulevard contemplando alguna bujía encendida en un cuarto piso, y convencidos de que aquella era una señal hecha al enemigo por espías prusianos. Uno lo decía, repetíalo otro, acababan todos por creerlo, y los guardias nacionales, armados hasta los dientes, invadían al fin la casa en busca de los supuestos traidores.

Bien notorio es cómo las multitudes fanatizadas en época de peregrinación por sermones ineptos, llegan con la mejor fe del mundo á tomar por luna el sol, y á confundir la aparición inopinada de un capitán de húsares con una aparición de la Santísima Virgen.

Compréndese, pues, que las comadres de Gif, soliviantadas por el P. Pedreau y sus acólitos, hayan visto á los veintiocho mil demonios salir uno tras otro de la boca de su convecina.

Lo único que me maravilla es que el gobierno no haya advertido en forma á los clérigos, autores y actores de la grotesca comedia representada durante ocho meses, que se les paga para que ejerzan su oficio, mas no para que entontezcan y debiliten

se rec á las pñhiciones. Si se deja paaar ese género de majaderios pronto resultarán cosas más hondas y más serias. Porque á la verdad, no hay motivos racionales para imaginar que de la Edad Media acá haya cambiado en mucho ni en poco el espíritu del clero.

Si esos señores no se dedican hoy á las mismas prácticas de antaño, es porque los retienen dos temores: el ridículo y los gendarmes. En el fondo, de muy buena gana recomenzarían. Los tiempos de Urbano Grandier les placen infinitamente más que los nuestros.

Nótese desde luego que basta, con que no le guste á uno que súbitamente le rieguen la cara con agua bendita, para ser al punto tenido por poseso.

Tal fué, en resumen de cuentas, lo que le sucedió á la pobre Blanca Guyón. Cuanto más la rociaban, más furiosa se ponía. Y cuanto más furiosa la veían los clérigos, con mayor entereza la declaraban poseída del diablo, atendiendo á que «el mejor signo de semejante diablerías es la aversión á los objetos del culto.»

Ignoro si para comprobar enteramente esa aversión le administrarian sobre la cabeza, como á Urbano Grandier, algunos buenos golpes de crucifijo.

Todo es posible; y si el caso llega á averiguarse, no experimentaré sorpresa alguna. Confieso, sin embargo, que cuando veo actuar á ciertos histriones, cho de menos los procedimientos de Napoleón I, quien de seguro les hubiera obligado á elegir entre estas dos alternativas: ó cesar inmediatamente en sus mentirosas y ridículas farsas, ó pasar á la casa de locos de Charenton en término de veinticuatro horas.

PAUL FOUCHER

Bibliografía

Hemos recibido hasta el 4.º cuaderno de la *Historia de la Guerra Europea*, escrita por el ilustre novelista Vicente Blasco Ibáñez y editada por la Casa PROMETEO, de Valencia. El texto y las ilustraciones, magníficamente presentadas, tienen cada día mayor interés, de ahí el gran éxito que está alcanzando la publicación.

Un cuaderno semanal al precio de 50 céntimos.

El P. Miguel Mir
y
SAN IGNACIO DE LOYOLA
Estudio histórico-crítico
de S. Pey Ordeix.
Un tomo de 206 páginas
UNA peseta.

Espejo moral
de clérigos

para que los malos se espanten
y los buenos perseveren,
ó SEA

RECOPILACION ESCOGIDA
CELEBRES Y ODORIFICOS
Manojos de flores místicas
PUBLICADOS EN "EL MOTIN,"
POR
José Nakens

Dios ante el sentido común
PRECIO: UNA PESETA

La honestidad

por

ROBERTO ROBERT

ta años hablando en prosa sin saberlo.

También, por medio de una criada, descubre la reina que ha sido tres veces abuela sin saberlo.

Lo cual prueba que en materia de hablar en prosa y de tener nietos, á iguales sorpresas están expuestos reyes y villanos.

Pues señor, ¿qué hace la reina? Con el mayor decoro llama á un lado á su hija, y le dice:

Hija, si virgen estás,
reina serás de Castilla;
hija, si virgen no estás,
de mal fuego seais ardida,

Esto de ser *ardida de mal fuego* no era una necia bravata, ni una hipérbole de mal gusto, como se usan hoy día: era entonces la expresión exacta de un deseo real y positivo, y sobre todo una muestra de respeto profundo á las sabias leyes, que á ciertos culpables les condenaban á arder en mal fuego.

Y entonces... ¡oh! entonces nadie quería más que lo de ley.

Pues como decía: oye la infanta las palabras de su madre, y comprende el disgusto á que ambas están expuestas si declara la verdad.

El cariño filial le da valor, y con voz entera y ánimo imperturbable contesta:

Madre, tan virgen estoy
como el día que fui nascida.
Y con acento tiernísimo añade:

Por Dios os ruego, mi madre,
que no me dedes marido;
doliente soy de mi cuerpo,
que no soy para servillo.

La madre queda convencida, merced al aplomo con que la infanta la hace caer en aquel piadoso engaño, aplomo y entereza que únicamente Dios podía darle; porque como entonces las niñas eran tan buenas cristianas, cuando se veían en alguna necesidad, Dios las auxiliaba, no digo ya para salir con bien de tres partos, sino de cuatro.

Por supuesto que la infanta de buena gana habría corrido inmediatamente á confesarse de la piadosa mentira que acababa de decir; pero no pudo, porque en aquel mismo instante, apenas acababa de subir á una torre y divisar á Galvan á lo lejos, la acometieron dolores de otro

parto, y en el acto mismo la reina volvió á ser abuela por cuarta vez, tan ignorante de ello como las tres primeras.

Sobre este suceso se compuso el romance que la tradición oral daba á conocer á las personas del bello sexo, para que aprendiesen á no dar disgustos á sus mamás, si les sucedían tres ó cuatro lances por el estilo.

¡Oh! Entonces se vivía sin pisar los términos de la hipocresía ni los del escándalo, porque imperaba la virtud, que siempre eligió un buen medio por asiento.

El conde Claros pretende á la hija del emperador; la enamora, por supuesto, con buen fin y cristianamente, y al cabo de medio año, apremiado por muy atendibles respetos, se presenta al emperador, y tienen este diálogo:

—A la infanta Claraniña,
vos por mujer me la dad.

—Tarde acordásteis, el conde;
mandada la tengo ya.

—Vos me la dareis, señor,
acabo que no queráis,
porque preñada la tengo
de los seis meses ó más.

¿Eh? ¡De seis meses! Y nadie sabía una palabra. ¿Eran ó no formales y callados los hombres de entonces?

¡Preñada de seis meses!...

Nieguen ahora el influjo de la religión sobre el honesto silencio de los amantes.

No había entonces eso de hacer gala de la infamia; porque si bien el romance de Florencios empieza con aquella falsedad de

Esta noche, caballeros,
dormí con una doncella,
que en los días de mi vida
yo no vi cosa más bella,
también es cierto que en toda la literatura de la época no se encuentra otro Florencios que incurriera en tan feo vicio.

Y nótese ¡oh, nótese! que era tal la honestidad de los hombres, que muchas veces las mujeres mismas tenían que declararles su amor.

Dígalo el suceso de Troco el infante, que, andando de tierra en tierra, se halló en la posada de la bella Salamanca, quien al verle «quedó de amores llagada,» y sin poderse contener le dijo:

Eres, mancebo, tan lindo,
de hermosura tan sobrada,
que no sé determinarme
si eres dios ó cosa humana.
Mi señor, si eres casado,
hurto quiero que se haga;
y si casado no eres,
yo seré tuya de gana.

El Troco, como es mancebo, de vergüenza no hablaba; ella, cautiva de amores, de su cuello se abrazaba.

El Troco le decía así,
d'esta manera le hablaba:

—Si no estais, señora, queda,
dejaré vuestra posada.

¿Se puede encontrar tiple de capilla pontificia más honesto que el infante?

Creo que no.

La sinceridad y lo espontáneo de la declaración amorosa de Salamanca, prueba que entonces no había hipócritas repulgos en las damas; que cuando un caballero cristiano les hacía tilín, le decían en plata: esto me pasa.

A.í D. Quijote de la Mancha, tan gran conocedor de las costumbres de los tiempos caballerescos, apenas siete acercársele la equivocada Maritornes, «se imaginó haber llegado á un famoso castillo... y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la cual, vencida de su gentileza, se había enamorado de él, y prometido que aquella noche, á furto de sus padres, vendría á yacer con él una buena pieza.»

Y esto se hacía con un decoro y un pundonor y una viva fe en la Santísima Trinidad, que encantaba.

Porque en esto sí que todos los autores están conformes: alrededor de la idea y los sentimientos religiosos giraban entonces todas las ideas y los sentimientos; y así como para quemar y dar otros tormentos se invocaba siempre algo divino, así no extrañaría yo que los más criminales amantes, si entonces los hubo, se acariciasen diciendo:

El.—Te amo con frenesí, bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento.

Ella.—No gritéis, que mi esposo puede oíros. ¡Viva la transverberación de María!

El.—¡Tu esposo! ¡El que me roba la dicha de poseerte, *Kyrieleyon!* ¿Y no ha de perecer?

Ella.—Ingrato, cuando vos sois mi único dueño, mi existencia, y sólo vivo en vos *et cum spiritu tuo!*

Y en el arrebató de la pasión, serían muy capaces de entonar á dúo el *Tantum ergo* ó el *Salutaris*, ú otra cosilla eclesiástica, para rendir el debido tributo á las sanas creencias.

¡Vaya si lo serían!

Y además de ser honestas las doncellas eran también discretas al par de enamoradas.

El mismo D. Quijote, al discurrir de camine con Sancho lo que le ha

de suceder andando el tiempo, discurre con el cabal conocimiento que de las costumbres tenía, y atempera sus conjeturas á lo que los libros de caballería le habían enseñado.

Y así dice muy cierto de su verdad:

«Venida la noche cenará (el caballero andante) con el rey, reina é infanta, donde nunca quitará los ojos de ella, mirándola á furto de los circunstantes, y ella hará lo mismo, con la misma sagacidad, porque, como tengo dicho, es muy discreta doncella.»

Y bien pudo asegurarlo el caballero manchego, porque lo eran todas.

Y no solamente lo eran las doncellas, mas también las dueñas.

Pruébalo, entre mil ejemplos, la dama del conde alemán, que empieza:

A tan alta va la luna
como el sol á medio día
cuando el buen conde alemán
con esa dama dormía.
No lo sabe hombre nacido
de cuantos en corte había,
sino sólo era la infanta,
aquesa infanta su hija.
Así su madre le hablaba,
desta manera decía:
—Cuanto viéredes, infanta,
cuanto vierdes encobridlo;
daros há el conde alemán
un manto de oro fino.

Aquí se ve el recato de la reina, que ni da escándalo ni deja que hombre alguno transluzca sus amores con el conde.

Aquí se ve además la confianza que hacía de su hija, no ocultándole un secreto que de todos los demás nacidos se escondía.

Véase cómo entonces había más escrecha intimidad entre las madres y las hijas. Por esto el Señor las ayudaba en sus tribulaciones, porque todos los sentimientos tenían por fundamento el amor á Dios.

Así no recelaban las más principales señoras de mostrarse tales cuales eran.

Andase Lanzarote holgando entre las damas, y una del corro le pide que se case con ella, como pudiera pedirle un fósforo ó preguntarle qué hora era.

Y de ese mismo Lanzarote dice el romance ponderando su buena fortuna:

Esa dueña Quintiñona,
esa le escanciaba el vino;
la linda reina Ginebra
se lo acostaba consigo.

Cuya iniciativa de la reina confirma otra vez lo que hemos dicho acerca del bello sexo de los buenos tiempos.

Iniciativa que toma también la hija del rey, enamoradora del conde Alarcos, diciendo con encantadora sencillez á su padre:

Menester será, buen rey,
remediar la vida mía;
dédesme, buen rey, marido,
que mi edad ya lo pedía.

Saber aliar el decoro con la franqueza es una de las grandes dificultades con que tropiezan las personas al pasar de un estado humilde á otro más alto.

Pero cuando no se habían confundido las clases, ni las generaciones habían naufragado en la vorágine revolucionaria, cada cual sabía producirse honestamente conforme á su categoría social.

La tradición nos conserva aquel dicho de doña Lambra, que en una fiesta pública gritó:

Callad, doña Sancha; vos
no debéis ser escuchada,
que siete hijos parísteis,
como puerca encenagada.

Y no hay que decir que pueda caber duda en ello; porque otra narración sobre el mismo asunto, si bien no repite estas mismas palabras, atribuye á doña Lambra las siguientes:

Calledes vos, doña Sancha,
que tenéis por qué callar,
pues parísteis siete hijos,
como puerca en muladar.

Y véase de paso la fidelidad de aquellas antiguas crónicas orales: en el *callad*, en los *siete hijos*, en lo de *puerca* y en lo de *muladar* ó *cenagal* ambos autores están conformes, gracias á que la verdad pura era el norte de todos.

Y cuanto más nos engolfamos en los siglos pasados, más puras encontramos las virtudes.

¿Por qué?

Esto pregunto yo, aunque ya sospecho por qué era; sólo que hoy no se puede decir sin que se rían los ateos.

Pero cada cual debe tener el valor de sus opiniones; por consiguiente, declaro sin empacho que, por noticias que de viva voz he oído yo mismo en persona, no hace muchos años, á un teniente de cura de Getafe, las buenas costumbres de otros tiempos se sostuvieron porque era respetada la religión.

Había entonces quien se casaba con la viuda de su padre; pero no tenga usted cuidado, que en el *Fuero Juzgo* tenía su castigo.

Testimonio de la honestidad de la época es aquel venerando código, que en su libro III, título V, castiga á los que ya hemos dicho, y además

A los que se casaban con monjas ó con penitenciales.

A los hombres y mujeres que por

pecar dejaban los paños y la cercenadura de órdenes religiosas.

A las viudas que por hacer pecar á hombres disfrazaban su estado.

A los hombres que no distinguían de sexos.

Conque entre la eficacia de las leyes y la piedad, véase cómo no había de ser aquello un pequeño paraíso.

Aquella honestidad de costumbres, y sobre todo, no hay que olvidarlo, aquella religiosidad...

Porque si bien en Oriente el famoso Miguel, sobrellamado el *Beodo*, se empobrecía por sostener sus vicios, vendía las joyas de la corona y los ornamentos de las iglesias, mataba, mutilaba y perseguía á su madre misma, y llegaba al extremo...

¿Se acuerdan ustedes del extremo á que llegó Miguel?

Vistió de patriarca de la Iglesia á uno de sus bufones, le hizo salir en procesión con varios cortesanos disfrazados de obispos, y profanaba los vasos sagrados, haciendo escarnio é impío remedo del misterio de la Eucaristía; y él, ¡el imperante mismo! iba al frente de la sacrilega comparsa, que cabalgando en asnos fué á perturbar una función religiosa que se estaba celebrando de veras.

¡Y esto en el siglo IX! ¡En 860! En aquel tiempo de purísima fe...

Por esto digo que la religiosidad de Occidente nos compensa de las tropelías de Oriente.

Y observen ustedes de paso cómo lo honesto y religioso en aquellos pasados tiempos tan bién se demuestra en verso como en prosa.

El buen obispo Luitprando fué con una embajada al sucesor del gran Constantino.

Y volvió escandalizado.

«Constantinopla (escribía), rica en otro tiempo, está hoy hambrienta, es menesterosa, perjura, falsa, rapaz, glotona, avarienta y vanidosa. Tras un viaje de cincuenta días, asneando, cabalgando, pateando, ayudando, sediendo, suspirando, gimiendo y llorando, llegué á Nápacta.»

Tal era la capital del grande imperio cristiano de Oriente; pero en cambio el de Occidente presentaba un aspecto bastante consolador para que el obispo occidental conservase el humor alegre y satirizar á sus hermanos en Jesucristo.

Por entonces fué cuando ¡oh gloria del cristianismo! el buen Basilio, celoso de la fe, arremetía con los in-

(Continuará).

Imprenta, Monserrat, 7.